

juan goytisolo

un lector del tercer milenio

archivo di saggi 4

juan goytisolo, *un lector del tercer milenio*

UN LECTOR DEL TERCER MILENIO

© 2013 Juan Goytisoló

El recorrido a vuelo de pájaro del vasto y nunca totalmente explorado territorio de Cervantistán por el escritor y ensayista Massimo Rizzante presenta de modo original, voluntariamente disperso, los desafíos a los que se enfrenta el creador en una época en la que, como dice Rizzante al contemplar la estatua de Fernando Pessoa erigida en la capital portuguesa - ¡escultura incluida en el circuito de los *Sightseeing* Tours de la villa! -, “La exégesis transforma a toda obra en monumento y todo monumento en un parque infantil”. Aunque el balance de los últimas décadas - sustitución del valor de la escritura por el icono del autor; evaluación de aquella en función de su adaptabilidad a la imagen y el sonido; creciente dificultad para salir a la luz y ser leídos de los jóvenes creadores insumisos a las leyes del mercado editorial - induzca al pesimismo, el autor evoca oportunamente su encuentro con el crítico Keith

Bostford que, junto a Saul Bellow, creó una revista, «News from the Republic of Letters», reacia a toda publicidad y cuya tirada no excedía de los mil ejemplares. “El arte vive hoy en las catacumbas – le dijo Bostford – y es precisamente en las catacumbas dónde la fe mantiene con más fuerza la esperanza de volver a la luz”.

Reducir la novela a una simple imagen del mundo y la sociedad, en lugar de ser lo que es, un lenguaje sobre éstos, la priva de su valor intrínseco y esencial. El argumento adaptable al cine es solo un hilo de la compleja urdimbre tejida en el proyecto novelesco de todo creador de enjundía. Ello explica que ninguna de las grandes novelas de la pasada centuria – a medida que el género trazaba su propia e ilimitada cartografía – haya podido ser llevada a la pantalla o que, en el supuesto de serlo – el resultado previsiblemente desastroso no haya redundado, salvo en el caso de Döblin y Fassbinder, en la gloria de quién lo intentó. Recuerdo una conversación con Luís Buñuel, en la que el autor de *Los olvidados* y *Viridiana* me expuso las razones de su rechazo a la oferta de dirigir un filme basado en la novela de Malcom Lowry *Bajo el volcán*. “O bien la hubiera destrozado o, en la mejor de las hipótesis, hecho una pobre copia del original. Con Galdós, al revés, me muevo a mis anchas. Tiene ideas e intuiciones extraordinarias pero al escribirlas es muy chapucero y ello me da un margen de maniobra para transformar la trama de sus novelas en algo distinto”. Y quién dice *Bajo el volcán* podría decir *Ulises*, *Viaje al final de la noche*, *El proceso*, *La consciencia*

de Zeno, Petersburgo, El hombre sin atributos, El ruido y la furia, Ferdydurke...

Como prueba de ello, Rizzante evoca su experiencia, primero de espectador y luego de lector de Historias de Kronen, del filme sobre la novela homónima del jovencísimo José Ángel Mañas en nuestra península a comienzos de la pasada década de los noventa:

De hecho, la perfección estética de hoy – escribe con ironía – se mide por el grado de adaptabilidad de la palabra escrita a la imagen y el sonido. Así, escribir una novela o rodar una película (como leer una novela o ver una película), sobre todo si se trata de una película basada en una novela, se está convirtiendo en una actividad única, una actividad indiferente a la especificidad de las artes: esta indifrencia a lo específico del arte es uno de los cánones artísticos más acatados de nuestra época.

La persistente confusión entre actualidad y modernidad denunciada en su día por Manuel Azaña, cuaja en el nuevo espécimen de lo que Rizzante llama *infantosaururus* para quién la obra que más vale es la que, en vez de trascender el tiempo histórico, se identifica plenamente con él hasta su agotamiento. Mientras el ser humano dispone hoy de la mejor información posible sobre el mundo merced a las nuevas tecnologías y conoce un número cada vez mayor de cosas (pero, eso sí, cada vez menos importantes), el logro estético de una obra

se mide por su accesibilidad y únicamente la supuesta novedad, trasunto de la visibilidad mediática, permite acceder a ella:

Así es como la juventud se ha convertido en un valor estético, en un criterio de juicio crítico y en un gran negocio para la economía de las editoriales. De este modo, si el arte de la novela quiere seguir manteniendo una mirada adulta sobre la vida, tendrá que emprender una misión, que siempre ha tenido pero que hoy, vista la progresiva uniformización de la humanidad hacia un único modelo infantocrático, se ha vuelto indispensable: proteger y establecer sin tregua las fronteras existenciales entre las distintas edades del hombre.

La sombra benéfica de la espléndida lección de Kundera en el *El arte de la novela* planea a lo largo de las caústicas reflexiones de Rizzante sobre el culto fervoroso a la supuesta “creatividad” del autor (¡no a la creación!), los *gender studies* y la primicia vinculada en exclusiva a la inmediatez de presente. El valor estético de la obra, nos recuerda, trasciende el hecho de enmarcarse en un determinado ámbito nacional (*le petit contexte* de Kundera) o de dar testimonio de una situación histórica concreta (pretensión imposible no obstante la farragosa carga de verosimilitud de la presunta novela documental). Escapar de aquella, muy al contrario, es la mejor manera de inscribirse en la modernidad atemporal que circula al hilo del tiempo. Como nos muestran los ejem-

plos de Rabelais (no el Boileau), Cervantes (no Lope de Vega ni Calderón), Sterne (no Richardson), Baudelaire (no Victor Hugo), lo percibido como contemporáneo se burla de la cronología. El gran autor, como el gran lector, dirá Rizzante inspirándose en Borges y Calvino, será “un maravilloso parásito capaz de chupar la sangre a todo el cuerpo libresco”.

Resulta difícil resumir el enrevesado hilo discursivo de *No somos los últimos*. Las anotaciones y comentarios a Kafka, Musil, Gombrowicz, Marcel Schwob, Tolstoi, Fuentes, Sebald, Kiš, Arrabal (a quién con razón reivindica frente al lamentable ninguneo del que es objeto por nuestros incorregibles compatriotas) tienen un denominador común: la necesidad, señalada ya por Bajtín, de un diálogo permanente con las formas literarias y artísticas del pasado como único antídoto contra la caducidad del presente y como tabla de salvación del futuro (incluido el del lector asediado por el permanente zapeo de una actualidad promovida al rango de valor supremo).

Las páginas de Massimo Rizzante sobre Roberto Bolaño (1953-2003), a quién la premura y la escasez de tiempo del que aún dispongo no me han permitido leer con el cuidado que merece (laguna o lago que me comprometo a colmar a partir de hoy) constituyen un homenaje a quién, en sus propias palabras, asumió vivir en “la intemperie” en vez de “subir la escalera de la respetabilidad”, la descripción de los trepa escaleras por

el autor de *Los detectives salvajes* no tiene desperdicio. “Aspiran a vender [no a ser leídos J.G] Desean estar presentes en las ferías de libros. Desean sonreír mucho, sobre todo no morder la mano que les da de comer. Quieren aparecer en televisión y hacer el payaso en las revistas del corazón”. El lector pondrá fácilmente un nombre e imagen a los “respetables” así pintados.

Los viajes a salto de mata de Rizzante y sus encuentros con escritores periféricos – Vera Linhartova, Norman Manea – que viven el exilio como una forma de ser, más allá de la “prisión de una sola lengua”, completan este libro tan sugestivo y rico como insólito e inclasificable. Al contrario, el lector tiene la impresión de haber recorrido el Viaje al Parnaso cervantino, esta vez de la manos de un curioso lector del tercer milenio.

